

LA INTEGRIDAD DEL QUEHACER ACADÉMICO

Las mediciones de calidad y las metas a ser cumplidas por las universidades en las diferentes áreas del quehacer académico, definidas a partir de los requerimientos de organismos tales como Ministerios o agencias de acreditación, junto con las crecientes exigencias en el cultivo de las distintas disciplinas, han llevado a algunas universidades a establecer marcadas distinciones entre el trabajo que se realiza en docencia de pregrado y postgrado, en investigación y extensión. Las actividades en estas áreas son tratadas entonces de manera segmentada en lugar de serlo de modo integral.

Los fines de la medición y la búsqueda de facilidad en la corroboración de objetivos y metas pueden conducir al diseño de instrumentos y mecanismos donde la integridad se vea superada por la perspectiva específica o parcial con que se cubre cada exigencia en un área determinada. Tales instrumentos y mecanismos pueden producir la fragmentación de quehaceres para dar respuestas específicas, perdiendo la perspectiva global e integradora.

En Latinoamérica hay instituciones que se declaran fundamentalmente docentes y hay académicos cuya única labor relevante es la docencia de pregrado. En Chile, por ejemplo, donde solo una reducida proporción de las universidades se encuentran acreditadas en investigación y en postgrado, esto se ha ido haciendo cada vez más común. Sin embargo, en la sociedad del conocimiento el sistema universitario no puede renunciar a su esencia, universal e integradora, que se refiere a la formación de capital humano altamente capacitado y la creación y difusión del conocimiento avanzado.

En efecto, en su configuración vital, el quehacer académico es universal e integrador. En primer lugar, porque tanto la docencia de pregrado y postgrado, así como la investigación, se deben realizar en un contexto global. Esto implica que la formación avanzada de pregrado y postgrado, y la creación de nuevos conocimientos, no se realizan tomando solo como referencia el entorno inmediato sino a la globalidad; es decir, se forman profesionales y postgraduados para el mundo.

En segundo lugar, resulta vital porque no es separable sino con fines de una mejor comprensión o medición específica. Esto es, el quehacer académico nace y se nutre en la interacción, en la acción conjunta de discípulos y maestros, en el diálogo entre pares, pero sobre todo en el hecho central que cada actividad académica permea a las otras, se fortalecen entre sí y se construyen conjuntamente.

En definitiva, la sociedad del conocimiento actual requiere de académicos orientados al aprendizaje continuo, con una mirada habitual a la investigación y actualización de los conocimientos en pro de una docencia que agregue valor al estudiante.

Qué duda cabe respecto a que el postgrado es una fuente imprescindible para la investigación y que ambas actividades fortalecen la formación de pregrado? Un pregrado sin profesores que hagan investigación es más una formación técnica que una enseñanza universitaria, a la vez que resulta muy difícil lograr altos estándares de productividad en el área de investigación sin un área de postgrado consolidada. Aunque existen instituciones de calidad en las que predomina la docencia de pregrado, en ellas existe un cultivo superior de las disciplinas académicas a través de niveles, aunque no de gran envergadura aunque sí significativos, de formación de postgrado e investigación.

Por su parte, un académico en este siglo no puede prescindir de una preparación intelectual que le permita realizar integralmente todas las actividades propias de la academia. Un profesor universitario que no está preparado para realizar docencia de postgrado o investigación, difícilmente puede lograr una docencia de pregrado con niveles razonables de calidad.

En un marco de masificación de la educación superior, los ejemplos de instituciones que se definen como únicamente docentes e imparten una docencia de baja calidad no son escasos en Latinoamérica. Profesores contratados por horas sin más obligación que dictar una clase, ausencia de material bibliográfico de calidad, carencia de infraestructura y laboratorios, son realidades cuyo principal riesgo es prometer a los estudiantes una enseñanza de una calidad que no se cumplirá y que impedirá su movilidad social y posterior inserción exitosa en el mercado laboral.

La academia es compleja, exigente y dinámica. Sus quehaceres son inseparables y cada actividad está concatenada. Por consiguiente, tratar el quehacer académico en su integridad no solo es un imperativo estratégico, sino un requerimiento ético para cumplir con los propósitos esenciales y roles de una entidad universitaria inserta en la sociedad del conocimiento.

LILIANA PEDRAJA-REJAS
Universidad de Tarapacá, Chile